



DUBRAVKA UGREŠIĆ
EL MINISTERIO
DEL DOLOR

*Traducción del croata de Luisa Fernanda Garrido
y Tihomir Pištelek*

IMPEDIMENTA

NOTA

Todo en esta novela que el lector tiene en las manos es ficción: la narradora, la historia, las situaciones y los personajes. Tampoco el lugar donde suceden los hechos, Ámsterdam, es demasiado real.

En 1998 se publicaron algunos de los primeros fragmentos bajo el título «Ministerio del Dolor» en la revista zagrebiense *Bastard*.

D. U.

El paisaje del norte de Europa lleva al absolutismo, como el desierto. Excepto que en este caso el desierto es verde y está empapado de agua. No hay relieves, curvas, redondez. La tierra es llana, lo que conduce a la visibilidad extrema de las personas, y esto, a su vez, vuelve a hacerse visible en el comportamiento. Los neerlandeses no tienen trato entre sí, se encuentran. Perforan con sus ojos luminosos los ojos del otro y sopesan su alma. No hay escondrijos, ni siquiera sus casas. Dejan las cortinas abiertas y lo consideran una virtud.

CEES NOTEBOOM

NO RECUERDO CUÁNDO ME DI CUENTA por primera vez. Cuando me percaté de que, a veces, permanezco inmóvil en la parada esperando el tranvía, mirando fijamente el plano de la ciudad bajo el cristal, las rutas variopintas de los autobuses y tranvías que no comprendo y que en ese momento apenas me interesan; que estoy allí, así, sin pensar en nada y que, de pronto, como si se abriese camino desde quién sabe dónde, me embarga el deseo repentino de golpear con la cabeza el cristal y hacerme daño. Y cada vez me parece que estoy más cerca de hacerlo, de que lo haré, ahora mismo, dentro de un segundo...

—¿De verdad piensa hacerlo, compañera?... —me dice con un leve tono burlón, tocándome el hombro con el dedo.

Pero solo lo imagino. La imagen evocada a veces es tan viva que me parece oír realmente su voz y sentir su roce en el hombro.

Dicen que los neerlandeses no hablan más que cuando tienen algo que decir. Aquí, donde me rodea el neerlandés y me comunico en inglés, a menudo experimento mi lengua materna como ajena. Tan solo ahora que me hallo en el extranjero, me doy cuenta de que mis compatriotas se comunican entre sí en una suerte de semilenguaje, como si se tragaran la mitad de las palabras, como si escupiesen semivocales. Percibo mi lengua materna como el esfuerzo de un discapacitado que sufre dificultades del habla, que apoya todos y cada uno de sus pensamientos con profusión de gestos, muecas y tonos. Las conversaciones entre mis paisanos me parecen largas, abrumadoras e insulsas. Da la impresión de que, en vez de hablar, se dan palmaditas con las palabras, de que se empapuzan mutuamente con una consoladora saliva sonora.

Por eso tengo la sensación de que es aquí donde estoy aprendiendo a hablar. Me cuesta, cada poco tomo aliento solo para no enfrentarme al hecho de que no soy capaz de decir lo que quiero; para no enfrentarme a la pregunta de si con un idioma que no ha aprendido a describir la realidad es posible hacer algo, aunque la percepción interior de esta realidad parezca muy compleja, si es posible contar una historia, por ejemplo.

Porque yo he sido profesora de literatura.

Cuando llegamos a Alemania, Goran y yo nos instalamos en Berlín. Fue una elección suya, no hacía falta visado para ir a Alemania. Nuestros ahorros eran suficientes para vivir un año. Yo me coloqué enseñada. Empecé a cuidar a los niños de una familia americana. Los americanos me pagaban un sueldo más que decente y eran gente muy agradable. También me busqué un pequeño trabajo en la Biblioteca Nacional, una vez por semana, ordenando los libros pertenecientes al área de Eslavística.

Como tenía nociones de biblioteconomía y, además de *nuestro idioma*, hablaba ruso y me las apañaba en otras lenguas eslavas, no me resultó nada difícil. Me pagaban en negro, era imposible de otro modo. Goran, que enseñaba Matemáticas en la Universidad de Zagreb, no tardó en encontrar trabajo en una empresa de informática, pero al cabo de unos meses dejó el empleo. Un colega suyo había obtenido un puesto de profesor en la Universidad de Tokio y lo invitó a que se le uniera, asegurándole que hallaría trabajo enseguida. Goran estuvo mucho tiempo tratando de convencerme para que nos fuéramos los dos. Me negué, aduciendo que yo era de aquí, de Europa occidental, y que estaba cerca de mi madre y de los padres de él. Todo aquello era una verdad. Pero también había otra.

Goran no había podido resignarse a lo que le había ocurrido. Era un matemático excelente, muy apreciado por los estudiantes, y pese a que se dedicaba a una especialidad «neutral», le sucedió que, de la noche a la mañana, lo despidieron. Aseverar que aquello era «normal» —que el espécimen humano medio en situación de guerra siempre muestra el mismo comportamiento, que les había sucedido a muchos, que les había sucedido a los croatas en Serbia, a los serbios en Croacia, a los musulmanes, croatas y serbios en Bosnia, a los judíos, albaneses y gitanos, que les había sucedido a todos y en todas partes de ese desdichado antiguo país nuestro— no lo ayudó a librarse de la amargura mezclada con la autocompasión.

Si Goran lo hubiera querido de verdad, habríamos podido instalarnos en Alemania. Allí había decenas de miles como nosotros. La gente aceptaba cualquier trabajo y, después, poco a poco se hacía un sitio. Y la vida seguía, los niños también se adaptaban. Nosotros no teníamos hijos, quizá eso había facilitado la decisión. Mi madre y los padres de Goran vivían en Zagreb. El ejército croata requisó nuestro piso zagrebiense, el de Goran y mío, cuando nos fuimos, para alojar allí a la familia de un militar

croata. El padre de Goran trató de sacar de la vivienda nuestras pertenencias, al menos los libros, pero no lo consiguió. Hay que decir que Goran era serbio, y yo, seguramente, su «zorra serbia». Corrían tiempos en los que se hacía pagar cara la desgracia generalizada al primero que llegaba, a menudo a los inocentes.

Y ocurrió que la guerra, no obstante, resolvió nuestra relación mejor de lo que nosotros habríamos sido capaces de hacer. Goran, que había abandonado Zagreb con el firme propósito de «irse muy lejos», en verdad consiguió llegar lo más lejos posible, a Tokio. No mucho después de que él se marchara, recibí una invitación de una conocida mía, Ines Kadić, para dar clases de *servo-kroatisch* en la cátedra de Eslavística de Ámsterdam durante dos semestres. El marido de Ines, Cees Draaisma, era el jefe del departamento. En aquel momento no había nadie más que pudiera incorporarse en el acto para hacer la suplencia. Así que acepté la oferta sin pensármelo ni un segundo.

El departamento me alquiló un piso en Oudezijds Kolk. Se trataba de un corto canal con unas cuantas casas que, por uno de sus extremos, desembocaba en la Estación Central y, por el otro, como el peciolo de una hoja de palmera, se bifurcaba en el Zeedijk, una calle en manos de los chinos, y en Oudezijds Voorburgwal y Oudezijds Achterburgwal, canales del Barrio Rojo. El piso era un semisótano muy pequeño, como un cuarto de hotel barato. Era muy difícil encontrar casa en Ámsterdam, según afirmaba la secretaria del departamento, y yo me resigné. Me gustaba el barrio. Por la mañana solía ir por el Zeedijk hacia el Nieuwmarkt, me pasaba por The Jolly Joker, el Theo o el Chao Phraya, cualquiera de los cafés que daban al antiguo De Waag. Me tomaba el primer café contemplando a la gente que se detenía junto a los puestos de arenques, verduras, ruedas de queso holandés y montones de panecillos recién hechos. Era un lugar transitado por los tipos más variopintos. Allí empezaba el

Barrio Rojo y por ahí rondaban camellos insignificantes, prostitutas, amas de casa chinas, proxenetas, drogadictos, borrachos, hippies decrépitos, dueños de pequeños negocios, vendedores y repartidores de mercancía, turistas, haraganes, gentuza, vagabundos. Cuando el cielo descendía (el famoso cielo holandés) y se posaba gris sobre la ciudad, disfrutaba del ritmo perezoso que imponían los pintorescos transeúntes. Todo tenía un aspecto un poco sucio, al límite, sofocante, lento, medio delictivo, pero también una apariencia de resignación de unos con otros en nombre de una sabiduría más elevada de la vida. La facultad estaba en la Spuistraat, a diez minutos a pie desde mi casa. Todo, al menos así me lo pareció al principio, estaba ubicado en un espacio de proporciones perfectas. Además, ese año, el veranillo de San Miguel se prolongó hasta noviembre, por lo que Ámsterdam, tan suave, tan lenta y cálida, me resultó tan próxima como cualquier lugar de la costa adriática fuera de la temporada turística.

Fue en Berlín, antes de venir aquí, donde oí la historia de una mujer bosnia. Toda su familia eran refugiados: el marido, los hijos, los suegros... Entonces empezaron los rumores de que el gobierno alemán iba a deportar a Bosnia a los refugiados. Aterrorizada por el regreso, la mujer le rogó a una doctora que le escribiera un volante falso para un hospital psiquiátrico. Las dos semanas que pasó en la sección de psiquiatría supusieron para ella un soplo de libertad tan poderoso y embriagador que decidió no volver. Se perdió, se desvaneció, cambió de identidad, quién sabe qué le sucedió, pero no regresó con los suyos.

He oído decenas de historias parecidas. La guerra ha sido para muchos una pérdida, pero también una buena razón para repudiar su antigua vida e iniciar una nueva. La guerra realmente ha cambiado las vidas humanas. Incluso los manicomios, las cárceles y los tribunales se han convertido en una variante de vida normal.

*

No estaba segura de cuál era mi situación en ese sentido. Quizá yo también buscaba una coartada. No tenía estatuto de refugiada, pero, igual que una refugiada, tampoco tenía adónde regresar. Al menos me sentía así. Quizá, como muchos otros, yo también había adoptado inconscientemente la desgracia ajena que me procuraba de este modo un pretexto interior para no volver. Por otro lado, el hundimiento de un país y la guerra ¿no eran mi desgracia y una razón para marcharse? No lo sé. Solo sé que hacía tiempo que había emprendido un viaje y aún no había llegado a ninguna parte. Cuando Goran se fue, experimenté alivio mezclado con un fuerte sentimiento de pérdida y miedo, porque de pronto me hallaba sola por completo, con un capital profesional de pequeño valor y unos ahorros que apenas bastaban para unos meses. Había terminado la carrera de Filología Yugoslava. Me había doctorado con una tesis sobre el uso del dialecto kairkaviano en las obras de los escritores croatas y, al cabo de unos años de impartir clases en la Escuela de Magisterio de Zagreb, me encontraba en Ámsterdam. Ámsterdam era una tregua remunerada. Adónde iría y qué haría después de Ámsterdam, lo ignoraba.

AL PRINCIPIO ME LLAMABAN «PROFESORA LUCIĆ», pero pronto pasaron al «compañera». Al hacerlo, pronunciaban la última «a» arrastrándola, de manera afectada, elevándola como un rabito sonoro, igual que me dirigía yo a mi maestra. Luego estaba ese «hola» especial. Al pronunciarlo le imprimían un tono cantarín y alargaban la «a», así que al final de sus bocas salía algo como «holaaa». Sin embargo, ambos iban mucho más allá de su significado inicial. «Holaaa» era un sonido que se dirigía a los maestros, una forma de saludo de la chiquillería. Y, en el colegio, llamábamos a la maestra «compañera», por eso para mis estudiantes era una alegre clave íntima que los unía con los pupitres escolares que todos, ellos y yo, habíamos abandonado hacía tiempo, con una época que había pasado, con un país que ya no existía. No era una palabra, sino el tintineo humorístico de la campana de Pavlov. Yo los llamaba de usted, pero a la vez les decía «mis niños». Y eso también era una suerte de simulación humorística. Ni ellos eran niños ni yo la «compañera maestra». Casi todos estaban entre los veinte y los treinta y tantos. Yo sólo era unos pocos años mayor que ellos. Meliha

tenía mi misma edad, y Johanneke y Laki eran mayores que yo. Así que el «usted» apuntaba únicamente a cierto respeto por las reglas del juego.

Habían llegado aquí con la guerra, algunos tenían estatuto de refugiado, otros no. Los chicos, en general, habían escapado de la movilización, y procedían de Croacia y de Serbia. Otros venían de las zonas en conflicto, de Bosnia y de algunas regiones croatas. Algunos habían seguido a los primeros y se habían quedado. Los había también que, al enterarse de que el gobierno holandés concedía generosamente ayuda social y alojamiento a los refugiados de Yugoslavia, habían venido para cambiar la débil divisa de su vida por otra más estable. Otros habían ido a dar con parejas holandesas.

Mario se había topado con una holandesa en Austria —adonde lo habían enviado sus padres para evitar que las autoridades croatas lo movilizaran—, y ella se lo había llevado a Holanda. «Quizá me casé por los papeles y luego me enamoré de mi propia mujer, o primero me enamoré y más tarde me casé por los papeles, ya no me acuerdo», contaba entre risas.

Boban, junto con un grupo de señoras mayores de Belgrado, fieles admiradoras de Sai Baba, se fue a la India en un viaje organizado y pagado por su madre: fue lo único que se le ocurrió para salvar a su hijo de ir a filas. En la India se separó del grupo, deambuló unos dos meses, enfermó de disentería, se subió al primer avión y aterrizó en el aeropuerto de Ámsterdam, donde debía hacer transbordo para Belgrado, y allí en Schiphol, corriendo de un aseo a otro, en un repentino momento de inspiración, pidió asilo político. Todavía se podía hacer. Durante un par de años, las autoridades holandesas fueron permisivas con los que procedían de la antigua Yugoslavia. La guerra aún era una razón bastante convincente. Pero unos meses más tarde las cosas cambiaron, y la puerta se cerró de golpe.

*

Johanneke era holandesa. Hablaba con fluidez *nuestro idioma* con acento bosnio. Sus padres eran izquierdistas que, con las Brigadas Internacionales de la Juventud Trabajadora, fueron a construir las vías y carreteras de Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial. Más adelante empezaron a ir de veraneo a la costa adriática, y así fue como Johanneke visitó un año Sarajevo, donde se enamoró de un bosnio, y acabó mudándose a Bosnia. Estaba divorciada, con dos hijas, y había decidido estudiar Filología Eslava. Era intérprete jurado oficial de *nuestra lengua* al holandés, lo que resultó ser muy útil, pues traducía gratis, firmaba y sellaba cualquier documento que «los niños» necesitaran.

También hubo algunos que vinieron unas cuantas veces y luego desaparecieron en silencio. Laki era de Zagreb. Me quedé con su nombre porque, a diferencia de los demás, se dirigía a mí con un «señora», señora Lucić. Seguramente «compañera» le parecía muy «yugoslavo», muy «comunista», «nada croata». Me ponía nerviosa su forma de hablar, ese constante uso de las formas reflexivas con el que los zagrebenses subrayan su intimidad con todas las cosas de este mundo, igual que los acentos que ponen al final de la palabra, convirtiendo el habla en afectación. Laki había llegado a Ámsterdam antes de la guerra, por el costo, como tantos otros. Era el eterno estudiante de Eslavas, recibía ayuda social y vivía en un piso que le había concedido el ayuntamiento a cambio de un alquiler mínimo. Los alumnos afirmaban que Laki era un confidente de la policía, y parece ser que se jactaba de ello. Escuchaba y traducía al holandés las conversaciones telefónicas entre los mafiosos yugoslavos que la policía holandesa tenía controlados. Los estudiantes lo llamaban Laki el Lingüista porque, según contaban, estaba trabajando en un diccionario de holandés-croata para el que no hallaba

patrocinador. El diccionario holandés-serbocroata existente era inaceptable para él.

También estaban Zole, un chico que para conseguir el permiso de residencia había declarado que vivía con su pareja, un holandés gay; y Darko, un muchacho de Opatija que era gay de verdad. Las autoridades holandesas eran muy generosas a la hora de expedir los permisos para los que afirmaban que en su país se les perseguía por su «orientación sexual», más generosas que con las mujeres víctimas de las violaciones de guerra. Cuando se supo esto, muchos se colaron por ese agujero. La guerra servía de cobertura para todo, una especie de lotería popular. Numerosas personas partieron a probar suerte por una desgracia y un dolor reales, otras se limitaron a aprovechar la situación. Las ganancias y las pérdidas en tan anormales circunstancias no se medían por el mismo rasero.

Estudiaban *servo-kroatisch* porque era lo más fácil. Los que no tenían visado de refugiado podían prolongar la estancia legal si estaban matriculados en la facultad. Algunos habían empezado y terminado carreras en su antiguo país que aquí no servían para mucho. El *servo-kroatisch* era el camino más fácil y más rápido para obtener un título holandés que, a decir verdad, tampoco valía gran cosa. A los que estudiaban otras filologías, como Ana, el *servo-kroatisch* les procuraba créditos adicionales que ganaban sin esfuerzo, y así era más fácil sacar la carrera adelante. Y los había que estudiaban para conseguir becas y préstamos destinados a los universitarios, y el *servo-kroatisch* era la forma más cómoda de lograrlo.

Se las apañaban. La mayoría «jugaba al tenis». Jugar al tenis en la jerga de su grupo significaba limpiar casas. Este trabajo se pagaba a quince florines la hora. Algunos lavaban platos en los restaurantes o trabajaban de camareros. Ante ganaba unas monedas tocando el acordeón en Noordermarkt. Ana clasificaba

cartas en una oficina de correos por la mañana temprano, antes de que las repartieran. «El trabajo no es malo, me siento como el enano en el *Cuento del cartero* de Capek», decía.

Parece que el trabajo en negro mejor pagado era el del «Ministerio». Uno de los *nuestros* había encontrado trabajo en un taller de costura de ropa para los *sexshops* y había arrastrado consigo a los demás. El trabajo no era duro: fabricaban trajes de cuero, goma y plástico para sadomasoquistas y fetichistas. Igor, Nevena y Selim acudían tres veces por semana a Amsterdam Nord. Allí, en la Regulateurstraat se hallaba el taller Demask, que suministraba el género a la ramificada cadena de industria pornográfica holandesa. Un club porno sadomasoquista en La Haya lleva el nombre de El Ministerio del Dolor. Por eso mis estudiantes, cuando hablaban de su trabajo de sastres pornográficos, decían que trabajaban en el «Ministerio». «Los S/M, los sadomasoquistas, son unos pijos, compañera. No creen que el cuerpo más bello sea el cuerpo desnudo. Si yo fuera Gucci o Armani no lo olvidaría», comentaba Igor bromeando.

Se las apañaban teniendo en cuenta de dónde venían. El antiguo país era un pesado fardo a la espalda. Según los rumores, la «yugomafia» (palabra que mis alumnos pronunciaban *yujomafia*, a la manera holandesa) controlaba una tercera parte de los asuntos delictivos de Ámsterdam. El robo, el tráfico de prostitutas, el contrabando, los asesinatos y ajustes de cuentas llenaban las crónicas negras de los Países Bajos.

Lo único que no sabían era cómo resolver la cuestión de su antigua patria. Pronunciaban con cautela los nombres de Croacia y Bosnia. La palabra Yugoslavia, que había pasado a denominar a Serbia y Montenegro, la proferían con disgusto. No podían adoptar las denominaciones que circulaban en los medios de comunicación, como «pequeña Yugoslavia» o «Yugoslavia mellada». («¡No puedo, tío! Enseguida asocio el “mellado” ese con el dentista», decía Meliha.)

Aquella antigua Yugoslavia, el país en el que habían nacido o del que habían venido, ya no existía. Más o menos resolvían el problema utilizando el pronombre posesivo *nuestro*. El nombre de la antigua Yugoslavia era «ex Yuga» (y «Yuga», a su vez, era la antigua abreviatura de Yugoslavia que usaban los emigrantes). Los nombres de «Titolandia» y «Titanic» rodaban de un lado a otro como chistes. El gentilicio de los habitantes del país inexistente era *los nuestros*, *nuestra gente*, a veces *yugovichis* o *yugos*. El nombre de la lengua que hablaban, siempre que no fuera el esloveno, el macedonio o el albanés, era *la nuestra*, a veces *nuestra lengua*, *nuestro idioma*.